

Un mundo sin reglas da miedo

Jesús Vicente García

Preámbulo

Hacemos las paces en las canchas de básquet. Parecemos Pedro Chávez y Luis Macías en *A toda máquina*. En el camino veo a Basilio feliz: le publicarán un cuento de ciencia ficción en una antología. En su casa, hasta me regala una copia en papel y dedicada de puño y letra. Buen cuento, le digo.

—Ni lo has leído, no succiones, güey.

—Es que soy como don Quijote con Dulcinea, no necesitaba conocerla, bastaba con imaginarla. ¿Para qué te leo? Imagino que es buen cuento.

Después de no hablarnos como un mes, ni siquiera en *féis*, hasta me da gusto el golpe que me da en mi flaco brazo, que aún tengo morado. Me invita un agua. No acepto desayunar, me espera Malena. Saludo a Vera, su mamá, quien va de salida, le digo que se ve muy guapetona y recibo otro golpe cariñoso de Basilio. Pone “Triste canción” y saltamos cual chapulines. El próximo sábado, él y Briseida van a ir a un concierto del Tri. Me regala una vaca de peluche con sudadera, el disco de Jenny and the Mexicats y dos paquetes de Madalenas. Vaya, la reconciliación estuvo buena. Me recuerda a Chabelo, como si esto fuera un regalo de consolación.

I

Principia octubre y me adelanto a noviembre, le escribo una calaverita, que ni pela, por el reencuentro. Viene a mi trabajo en la noche, sin auto.



Ilustración: Thinkstock

Le bromeo por eso. Abordamos el metro. No cotorrea. Casi no habla. Alcanza a balbucear algo. ¿Qué?

—No le ha bajado.

El sonoro ambulante del metro y su vendimia musical de banda no ayuda mucho en esto del entendimiento verbal. Veo que mueve los labios y dice algo, las palabras revolotean en su lengua, las eses se desparraman por su boca, no controla la dicción ni el volumen, ni el tono, ni el énfasis; las vocales y las consonantes parecen enojadas dentro de esa dentadura, como autos manejados por borrachos, con un rumbo chueco. A eso hay que agregarle que de vez en cuando mis oídos tampoco colaboran para que el mensaje y su recepción armonicen. La teoría de Jakobson en el metro no sirve para nada. Habla un español lleno de onomatopeyas. Arruga mi calaverita. Veo sus ojos. Tiene miedo. Basilio quiere gritar, lo sé; su cerebro y su gañote están bloqueados peor que la ciudad en momentos de marchas. Guarda silencio dos estaciones. Leo la novela en turno. Bajamos en Centro Médico. Llegamos a Lázaro Cárdenas, nos sentamos en la explanada, cerca de un módulo de policía.

—¿Qué voy a hacer? —se jala los cabellos. Quiere un cigarro. Ya fuma. Le compro uno en el puestecito de dulces.

—¿Ella qué te ha dicho, qué han platicado?

—Lo peor es eso, mi buen. Lo dijo como si informara una ida al cine. Le vale madre. No me presionó a nada ni que hay que tenerlo, ni habló de nuestro futuro como pareja; sólo me dijo que no le había bajado, que ella es regular y exacta como relojito y que le caía de extraño, pero no la vi sacada de onda.

Veo que arruga mi calaverita y la tira al suelo húmedo. Da fumadas largas.

—Me preocupa la incertidumbre, Pamelito, me saca de onda que no me haya dicho qué vamos a hacer; no estoy seguro de nada.

—¿Por qué no le preguntaste todo eso? Son novios, ¿no? Los novios platican de esas cosas, los novios...

—No me empieces a chingar con rollos de esos, ¡no sé qué hacer!

Recojo la calaverita literaria del suelo. Nos despedimos. Mañana tiene que ir a dar clases temprano. Es un muñeco de trapo. No le ha bajado, vaya frase, ya me imagino la cara que puso cuando se lo dijo Bris.

II

Al día siguiente veo esto en mi chat del *féis*:

2:34

Sé que hay gente que la está pasando muy mal por los huracanes y lo mío es una jalada, sé que yo estoy vivo, en casa, calentito, seguro, que vale madres que el auto no sirva, que da igual si no boleé los zapatos, mientras ellos no tienen más que lo que tienen puesto y las tripas vacías, con familiares y amigos desaparecidos... todo eso lo sé y me duele, pero no puedo olvidarme de que no le ha bajado la regla a Briseida, ese no era mi plan, ese no era mi rumbo.

Le respondo:

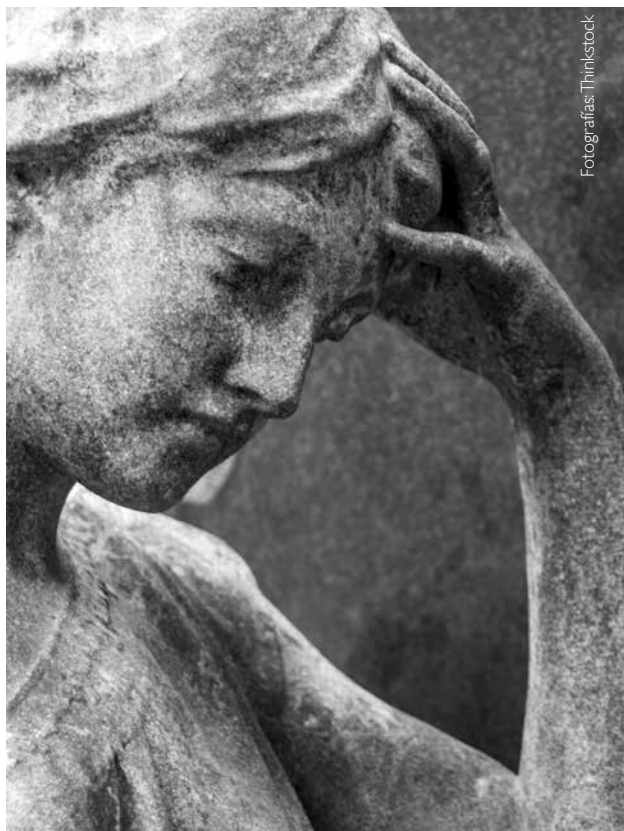
Cómo eres pendejo, por qué no te pusiste condón, pinche idiota, y ahora te haces el mártir en lugar de ir y hablar con ella; pa' la otra usa el cerebro. Sí, es cierto, los paisanos del Golfo y del Pacífico la están pasando mal, tenemos que ayudar; recuerda que cada quien tiene su sino, es el hombre y su circunstancia. Por cierto, ni pelaste mi calaverita. Ojete.

III

En la noche veo:

16:32

Fui a dejar una despensa al Zócalo, ¿y tú, güey? No usé condón por la sencilla razón de que se me hizo fácil hacerlo así, y como estábamos en la oscuridad del hotel... Habíamos ido a la presentación de un libro y nos echamos unos vinos y luego unas cervezas, y ya sabes. Sí, la calabacée, lo sé, tampoco



soy un retrasado mental, no mames, Flaco. Ya me regañaste, ¿y luego? Perdóname la vida, pero no estoy para calaveritas.

IV

Al tercer día dejo algunas cosas para ayudar a los damnificados, y también recibo más de quince mensajes a mi cel. Todos de Basilio. Que se siente mal, que es un imbécil, que eso se merece y más, que es un hombre bueno, que sí la ama, que está pensando en pedirle que se case con él, que no está seguro de vivir con ella, que él no pensaba tener hijos ahorita, que sí le dé la calaverita. Hacemos cita para el viernes en la noche.

V

Instalados en una mesa del Salón Corona, nos atiende el bigotón Domingo. Sigue sacado de onda, aunque más repuesto. Al calor de los tarros acepta poco a poco que tampoco es una catástrofe, pero está lleno de miedo.

—Si lo que quieres es seguir soltero y sin tener esas obligaciones con un bebé y una mujer en casa, todo se controla con un condón, al menos para no cometer tonterías, y ya viste que no la engañas a ella, sino que tú solito te chingas, cómo eres animal. A ver, dime neto: ¿qué tipo de mujer quieres?

—Pues como ella, güey, como Bris.

—Pero ella quiere tener una familia y casarse.

—¿Te lo dijo en el *féis*, güey? Dime, ¿te lo dijo?

—Es casi obvio. Si no te exigió nada, si no se espantó cuando la regla no le había bajado y no está como tú llena de miedo, lo lógico es porque le agrada la idea de tener un hijo.

—Supongo que también es para amarrarme a mí.

—Dije que igual y quiere tener un hijo, pero no sé si quiera que tú la acompañes en ese camino. ¿Tú crees que no se ha dado cuenta de tu miedo? Una mujer necesita sentir seguridad con su hombre. Casi te orinas en los calzones.

—¿Y qué querías, güey, que saltara de gusto?

—No importa lo que yo quiera, sino lo que quiere Briseida.

Siento que ya pasé la línea entre el golpe cervecero y la borrachera. Total, al fin que avisé en casa. Domingo va y viene con tarros aquí y acullá. Entran y salen personas. Hablamos de mujeres y canciones. Levanta la ceja, se toca la bolsa del pantalón. Su celular. Lee el mensaje y me lo repite en un español ebrio: *Ya me bajó. Te veo mañana*. Me besa en el cachete, me levanta. Pide dos tarros más cuando no llevo ni la mitad de la que está en la mesa y hasta me vuelve a pedir su calaverita.

—Corren por mi cuenta estas, pinche Pamela. ¿Va, cabrón?, ¡ya le bajó, ya le bajó!

En la mesa de al lado hay puros chavos universitarios, ligeramente más jóvenes que él. Hombres y mujeres. Son como ocho. Comienzan a chacotear con nosotros. Resulta que son estudiantes de Letras de la UNAM. Hablamos de libros. Uno de ellos le dice a Basilio que un mundo sin reglas sería una catástrofe,

que nos haría animales y sería peligroso en un principio porque reinaría el miedo, aunque luego se quitaría con la muerte masiva.

Órale, anda profundo el chavo. Me limito a beber. Preguntan si soy su maestro o su papá.

—Su maestro nada más. Y ando en eso de ser su papacito para su mamacita —mi comentario saca risas y aplausos de los chavos. Una joven me jala la corbata y me pregunta cuál es mi autor favorito.

—Cervantes.

—El mío también. ¿Qué escribió Cervantes?, ¡ah, te la creíste!

Así nos la pasamos, hasta que en el baño estamos solos.

—Ya la hice, pinche Flaco, ya, la hice... la Bris, mi reina, ah, la trataré como lo que es, una pinche reina, güey, me quiere, me ama.



—Ella quiere un hombre, no un niño.

Sus ojos se convierten en los de un toro loco. Me suelta un golpe, lo esquivo, avienta otro, me hago a un lado. Me salgo del baño, me alcanza en la mesa y grita:

—Repíteme eso, güey.

Los escolapios lo detienen, quiere golpearme. Las chavas me llevan a otra mesa. Le digo a Domingo que me dé la cuenta. Quiero pagar y Basilio vuelve a gritarme que no quiere nada de mí, que él me paga hasta la risa; le piden que se salga, que aquí las reglas son claras, al primer borracho que se ponga pendejo a la chingada.

—A mí, las reglas me la pellizcan.

Se sienta en la silla, pone la cabeza en la mesa y empieza a llorar.

Los jóvenes se solidarizan. Beben con cierto respeto, hacen sus chistes locales. Una joven universitaria lo abraza. Domingo me exhorta a calmarlo o de plano va para fuera. Basilio vuelve a la serenidad.

—Seguro que ella sí quería tener al bebé, tienes razón, Flaco.

—Pero tú no. Y eso se platica —le palmeo el hombro—. Ya pasó. Tranquis.

—Ahora sí, léeme mi calaverita, no seas gacho —los jóvenes me hacen ruedita y gritan en coro—: ¡Que la lea, que la lea!

Saco mi cel. La lectora de Cervantes pega todo su veinteañero cuerpo al mío y se asoma al máximo a la pantallita, y de mi ronco pecho leo:

A Basilio se lo llevó la Parca,
ha roto una regla sin perdón,
anda regando hijos sin marca
por no usar cerebro ni condón.

—Está chida, güey, está cañona —me dice la joven puma—. ¡Hazme una!, ¿sí?

Esa noche descubrí el miedo al miedo ajeno, que las borracheras se llevan bien haciendo rimas por pedido y que algunas veinteañeras tienen gustos exigentes. ▀